

CAPITULO LV.

El cisma de Inglaterra.— Muerte de Clemente VII.— Paulo III.— Depredaciones de Barbaroja.— Destronamiento de Muley Hacén.— Pide auxilio al emperador Carlos.— Este se dispone á castigar á los piratas.

Poco se cuidaron tanto el rey de Inglaterra como Ana Bolena de obedecer las órdenes del Pontífice; por el contrario, á la decision de Roma contestó el Monarca en 30 de marzo, declarándose protector y jefe supremo de la iglesia de Inglaterra y prohibiendo terminantemente toda apelacion á la corte pontificia.

Todos los poderes eclesiásticos quedaron suspendidos, obligándose á los prelados á que en el término de un mes presentasen su peticion para poder recobrar sus sillas. Suprimiéronse los monasterios, declarándose propiedad de la corona todos sus bienes, que ascendían á una enorme suma, y, en resumen, verificóse una completa revolucion religiosa promovida por una tan liviana causa.

Muchas nobles víctimas costó semejante revolucion; multitud de caballeros de lo mas ilustre de Inglaterra se opusieron á variar su fe por el capricho del Rey, y pagaron su entereza con el patíbulo. Los habitantes de cinco condados tomaron las armas, y su amenazadora actitud no pudo menos de imponer á la corte.

Pero Enrique procuró desarmarles haciéndoles distintas concesiones, y cuando ya les tuvo á su disposicion, vengóse con horrible crueldad, inaugurando con una era de sangre la del establecimiento de su reforma.

Uno de los caracteres especiales de esta época es que Enrique no por esto protegió á los protestantes de su reino, que creyeron ganar por medio de la revolucion el planteamiento de sus doctrinas; por el contrario, persiguió del mismo modo á estos que á los católicos, desconociendo la autoridad del Papa, y empeñándose al mismo tiempo en apellidarse defensor de la fe, como cuando habia combatido á Lutero.

Profundamente afligido debía encontrarse el Pontífice con tamañas perturbaciones, y tal vez estos sucesos contribuyeron para acelerar su muerte, que tuvo lugar en 25 de setiembre de 1534.

Reunióse inmediatamente el cónclave, y fue elevado al solio pontificio el dean del Sacro Colegio Alejandro Farnesio, que tomó el nombre de Paulo III, siendo su eleccion perfectamente acogida por toda la cristiandad.

Sus primeros cuidados fueron procurar templar las animosidades que existian entre los príncipes de Europa, para que aunasen sus esfuerzos á fin de combatir á los infieles.

Bien merecian estos por cierto que se fijara en ellos la atencion, puesto que los berberiscos, á la vez que los turcos, devastaban la Hungría, hacian atrevidas escursiones por las costas españolas é italianas, haciendo presas de importancia y sembrando el espanto y la consternacion por doquiera.

El corsario Barbaroja, rey de Argel, virey de Túnez y almirante de Soliman, habia llenado el Mediterráneo de buques piratas, y ni las galeras de Malta podian combatirles con éxito, ni los presidios que en el Archipiélago habia establecido Andrés Doria pudieron sostenerse, teniendo que desampararlos las guarniciones que los defendian.

Refiere Lafuente, que dos hermanos, Horuc y Haradin, hijos de un alfarero de la isla de Lesbos, llevados de su génio inquieto y de su aficion á la vida aventurera, abandonaron el humilde y pacífico oficio de su padre, y, lanzándose atrevidamente al mar, se dieron á ejercer la piratería en 1515. Su actividad y su arrojo los hicieron, primeramente dueños de un bergantín que lograron apresar, y á fuerza de valor y de destreza, ayudados tambien de una buena suerte, fueron haciendo tantas presas, que llegaron á reunir una flota de doce galeras y varios buques menores. A poco tiempo era ya su nombre el terror de los navegantes, é infundia espanto desde el estrecho de los Dardanelos hasta el de Gibraltar. Acometian con frecuencia las costas de Italia y de España, y el fruto de sus rapiñas iban á venderlo, á bajos precios, á los puertos de Berbería, donde eran, por lo mismo, bien recibidos. Al paso que crecia su poder, crecia tambien su ambicion, y no careciendo de talento, elevaban ya sus pensamientos á mas altas aspiraciones que la de ser simples piratas. La ocasion no tardó en venirles á la mano. El rey de Argel reclamó su ayuda para apoderarse de un fuerte que los gobernadores españoles de Orán habian construido cerca de su capital. Los dos hermanos corsarios, dueños ya de una respetable armada, acudieron en socorro del argelino con cinco mil hombres de desembarco, que fueron recibidos en Argel como libertadores. Aprovechándose allí del descuido y confianza de los moros, y asesinando secretamente al Rey que habia invocado su auxilio, Horuc, el mayor de los dos hermanos, se hizo proclamar rey de Argel. Su política como soberano, su respeto á las costumbres del país, su liberalidad con los que se le mostraban adictos, y su rigor con los que se le manifestaban desafectos, le fueron asegurando el trono y haciendo olvidar el criminal origen de su poder.

No satisfecha con esto la ambicion de Horuc, acometió á su vecino el rey de Tremecen, le venció en batalla, y agregó á su reino aquellos dominios. Y como continuase al mismo tiempo sus depredaciones por el litoral de Italia y de España, envió Carlos V tropas al marqués de Gomares, gobernador de Orán, para que, en union con el destronado rey de Tremecen, hiciese la guerra al terrible Horuc. Condújose en ella el caudillo español con tal energía, que, despues de haber derrotado en varios encuentros las tropas

del usurpador, le obligó á encerrarse en Tremecen, y al querer este escaparse de la ciudad, fue sorprendido y atacado, y murió peleando con un esfuerzo digno de la alta reputacion de que ya por su valor gozaba.

Muerto Horuc, su hermano Haradin ó Khair Eddyn, conocido con el sobrenombre de Barbaroja, heredó el trono de Argel.

En Túnez ardía la guerra civil promovida por las crueldades de Muley Hacén, disputándole el trono Al Raschid, uno de los hijos del rey difunto. Pidió este auxilio á Barbaroja, concediéndole, y le acompañó con cuarenta velas á Constantinopla.

Soliman, que sabia ya cuánto valia el atrevido corsario y lo útil que podia serle en el Mediterráneo para oponerle á Andrés Doria, nombróle su gran almirante, dándole el mando de sus galeras, tomó sus estados bajo su proteccion, y aprobó su indigno proyecto de engañar á Al Raschid y apoderarse por su cuenta de Túnez.

Consiguió su intento en todas sus partes; Al Raschid desapareció en Constantinopla en el momento de irse á embarcar, y Barbaroja apareció con poderosa escuadra en las aguas de Túnez, anunciando que iba en ella aquel infortunado Príncipe, consiguiendo con este engaño que la poblacion se alzara contra Muley Hacén, abriendo las puertas de la ciudad á Barbaroja.

Cuando los tunezinos se apercibieron del engaño ya era tarde. Trataron de resistirse á los turcos de Barbaroja, pero fueron dominados, y el vencedor les hizo reconocer como soberano á Soliman, quedando él como su virey, en agosto de 1533.

Dueño así el audaz pirata de tan extenso dominio, dióse con mayor empeño á recorrer las costas españolas é italianas, y como quiera que á la par el turco tenia amenazados los demás estados de Europa, todas las miradas se fijaban en el Emperador, demandándole las libertase de aquel peligro que á cada momento se hacia mayor.

Carlos no se hizo rogar mucho para acometer una empresa á la cual le inclinaban ya sus mismos deseos, y para la cual sus predecesores le dejaban trazado el camino.

Manifestó á los soberanos de los demás estados su resolucio de atacar á los infieles, excitándoles para que le prestaran su ayuda en semejante empresa; reunió todas las fuerzas disponibles en sus reinos, encomendó á Andrés Doria el señalamiento del tiempo, órden y lugar en que cada cosa habia de estar aparejada, y tanto en los puertos españoles, como en Nápoles, Sicilia y Cerdeña, en los Países Bajos y en el Milanesado advirtiéndose bien pronto un movimiento y una animacion extraordinarios.

Doce galeras, bajo el mando de Virginio Ursino, armó á sus expensas el Pontífice, concediendo al mismo tiempo al Emperador y á Francisco I el diezmo de las rentas eclesiásticas para atender á los gastos de aquella colosal empresa.

Pero el rey de Francia, en vez de ayudar al Emperador, no solo dejó de tomar parte en la guerra, sino que, llevando su vengativa saña hasta un extremo inconcebible, avisó secretamente á Soliman y á Barbaroja, merced á lo cual pudieron estos hacer grandes aprestos para defenderse.

Malta acudió á tomar parte en aquella expedicion con sus galeras y sus caballeros, y Portugal, aprestando hasta veinte naves, embarcó en ellas al infante D. Luis y á la flor de su corte, siendo el punto de reunion de la mayoría de estas fuerzas el puerto de Barcelona que, merced á este acontecimiento, pudo creer resucitados los tiempos de su marítimo esplendor.

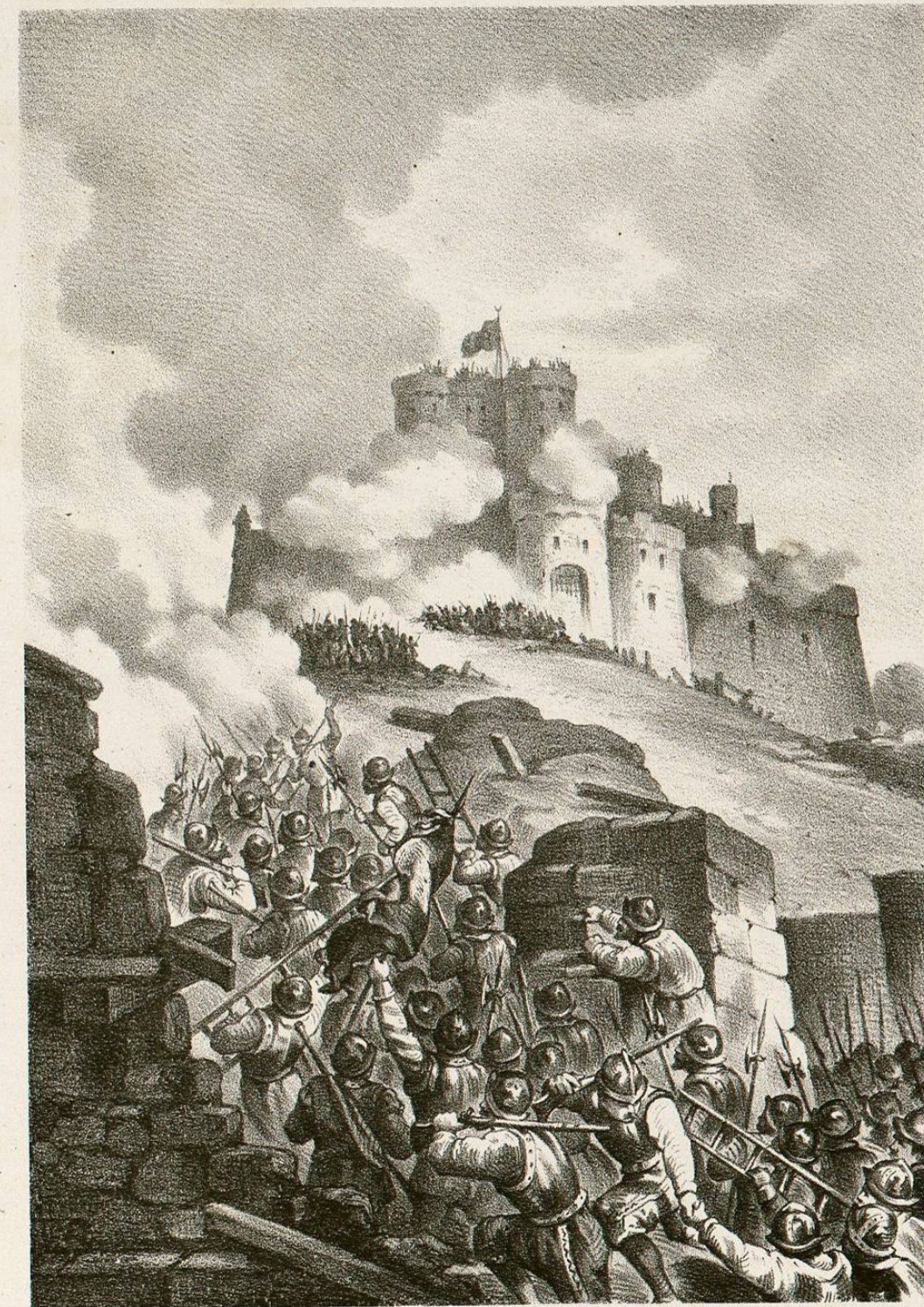
Seguido de la nobleza castellana y de algunas tropas, salió de Madrid el Emperador resuelto á comandar la expedicion, dejando á la Emperatriz como gobernadora durante su ausencia, y llegó á Barcelona, donde, segun los historiadores y dietarios de la época, era tal la afluencia de caballeros y soldados, que apenas podia transitarse por las calles, siendo sumamente difícil el encontrar donde hospedarse.

Tan luego llegó al puerto la armada de Andrés Doria, compuesta de veinte y dos galeras, perfectamente aderezadas y artilladas, y la escuadra española, bajo el mando de D. Alvaro de Bazan, el dia 14 de mayo de 1533 hizo el Emperador un alarde ó revista de su hueste, siendo de notar el lujo y apostura de los caballeros y el entusiasmo y aire marcial de los soldados.

El dia 30 del mismo mes, despues de haber hecho el Emperador un corto viaje á Montserrat, de cuya Virgen era especial devoto, para impetrar su proteccion, y de haber asistido á una solemne procesion en la cual se sacó de la Catedral con gran pompa y ostentacion el santísimo Sacramento, embarcóse el Monarca entre el estruendo de la artillería y el sonido de los clarines.

Tal era el entusiasmo, que, á pesar del rigor con que el Consejo trató de evitar que se embarcase gente inútil para la pelea, penetró en los buques bastante número, y especialmente hasta cuatro mil mujeres.

El dia 11 de junio llegó la flota á Cagliari, donde se le reunió el marqués del Vasto, que desde Italia habia conducido á los tercios de españoles, alemanes é italianos, formando así un total de veinte y cinco mil infantes, dos mil caballos y cuatrocientos veinte buques de distintos portes y condiciones.



J. SERRA LIT.

LIT. VIDAL, OLMO 29

CARLOS V EN TÚNEZ.

CAPITULO LVI.

Llega la armada á las costas de África.—Aprestos hechos por Barbaroja.—Oferta hecha por un renegado á Carlos I.—Toma de la Goleta.—Las tropas se dirigen á Túnez.—Los cautivos se apoderan de la ciudad.

El día 13 de junio prosiguió la armada su viaje, llegando con toda felicidad á la costa africana, verificándose el desembarque en Puerto Farina.

En medio de las ruinas de la antigua Cartago se estableció el campamento, comenzando inmediatamente el Emperador á dar las disposiciones necesarias para la campaña que se iba á comenzar.

Los marqueses de Aguilar y del Vasto recibieron la orden de practicar un reconocimiento sobre la fortaleza de la Goleta, llave de aquella costa, mientras que los buques de Doria expugnaban la torre del Agua.

Preparado se encontraba ya Barbaroja y bien apercebido para la defensa. Merced á los avisos que el rey de Francia le diera, reunió todos sus corsarios, llevando á Túnez cuantos soldados pudo sacar de Argel, y pidiendo socorros á todos los monarcas africanos consiguió reunir un número considerable de infantes, llegando su caballería á la cifra de veinte mil ginetes.

Pero mas que en esta muchedumbre allegadiza é indisciplinada, cifraba todas sus esperanzas en los ocho mil soldados turcos con que contaba, y los cuales estaban armados á la europea. Con estos reforzó la guarnición de la Goleta, confiando el mando de ella al judío renegado Sinan, hombre de valor y uno de sus mas entendidos oficiales.

El día 18 de junio comenzaron los cañones á batir la fortaleza, y desde entonces fueron repitiéndose los combates casi diariamente, combates en los cuales tanto los españoles como los alemanes é italianos se disputaban los lugares de mayor peligro.

El Emperador les daba ejemplo, y mas de una vez tornábase el Monarca en soldado, y lanza en ristre arrojábase sobre los infieles.

Segun refieren algunos historiadores, el panadero de Barbaroja hizo la proposición al Emperador de envenenar á su señor, á lo cual, indignado aquel, contestó: «Deshonra sería de un príncipe valerse de la traición y de la ponzoña para vencer á un enemigo, aunque sea un aborrecido corsario como Barbaroja, á quien pienso vencer y castigar con el favor de Dios y con la ayuda de mis valientes soldados.»

Grandes eran las penalidades que padecía el ejército cristiano, mas todavía por el clima que por los enemigos, á pesar de que estos eran muchos y valerosos; sin embargo, sufríanlas todas, esperando con impaciencia el momento del asalto.

Habiase reforzado el ejército cristiano con nuevos soldados conducidos de Italia por D. Fernando de Alarcon y por una multitud de aventureros que de todos los países acudían á Africa, sedientos de botín los unos y de gloria los otros, reuniendo el Emperador á sus órdenes sobre cincuenta y cuatro mil soldados.

El incansable fuego de la artillería consiguió apostillar los muros, abriendo brecha para que pudieran dar el asalto los sitiadores, y el día 14 de julio fue el designado para ello.

El Emperador y sus caballeros oyeron misa y comulgaron, y verificado esto y ordenadas las fuerzas, rompió el fuego de cañon, lanzándose inmediatamente á las brechas las compañías destinadas al efecto. Si fue récio el ataque, no fue menos obstinada la defensa, pero la victoria se inclinó en favor de los cristianos, y los turcos hubieron de retirarse á la ciudad, dejando un número considerable de muertos.

Cuarenta y dos galeras que habia en la bahía, entre las que se hallaba la capitana que de Constantinopla trajera Barbaroja, cayeron en poder del Emperador, además de otras cuarenta y cuatro naves de distintos portes.

En el arsenal encontraron los vencedores trescientos cañones y un número considerable de flechas, siendo de tal importancia la toma de la Goleta, que el Emperador, al penetrar en ella, acompañado del infante de Portugal, volvióse á Muley Hacem que con algunos de sus fieles amigos se le habia unido, y le dijo:—«Por esta puerta entrareis en vuestro reino.»

El feliz éxito alcanzado en aquel fuerte considerado inexpugnable, alentó al Emperador para continuar su marcha hácia Túnez, y aun cuando algunos de sus capitanes trataron de disuadirle de semejante empeño pintándole las dificultades que se ofrecían, no consiguieron hacerle variar de propósito, y aprestando la hueste que habia de llevar, púsose al frente de veinte mil hombres escogidos, y el día 20 de julio se puso en movimiento en direccion á dicha ciudad.

Andrés Doria quedóse en la Goleta con algunas compañías de españoles é italianos, tanto para guardar la retirada cuanto para defender aquel punto, y los expedicionarios, despues de sufrir una série de penalidades inherentes al clima y al terreno que atravesaban, á pesar de la corta distancia de cinco millas que separaba la Goleta de Túnez, al dar vista á esta ciudad se encontraron con una hueste poderosísima que les esperaba en el campo.

Segun confiesan todos los historiadores, Barbaroja habia decidido hacer el postrer esfuerzo para defender la capital, y reuniendo gran número de tropas allegadizas, cuya cifra pasaba de cien mil hombres, en vez de encerrarse dentro de los muros, esperó á los cristianos en las inmediaciones de la poblacion.

Semejante muchedumbre no pudo menos de imponer á los soldados de Carlos, pronunciando á propósito de esto el marqués de Aguilar aquellas palabras que desde entonces se convirtieron en popular adagio: «Mejor; á mas moros mas ganancia.»

Cansado y abatido llegó el ejército cristiano frente á las legiones de Barbaroja, por lo cual este supuso que le seria mucho mas fácil la victoria, y en su consecuencia, dió la señal de acometer inmediatamente.

Ante la inminencia del peligro, rehiciéronse los cristianos, y bien pronto la disciplina y el valor triunfaron del número, poniendo en vergonzosa fuga á los escuadrones de Barbaroja, que se lanzó hácia la ciudad para guarecerse en ella y combatir hasta el último extremo.

Pero tampoco así pudo realizar su intento de resistir á los cristianos.

Los tunecinos, que habian observado el combate y seguido con ansiedad todas las fases de él, al ver la derrota preparáronse á abandonar sus hogares, y la multitud de cautivos cristianos que habia en la ciudad, aprovechando la ocasion, rompieron los grillos que les sujetaban, y dando muerte á los soldados que les guardaban, se apoderaron de la plaza, dirigiendo sus cañones contra el mismo Barbaroja.

Ante semejante contratiempo, el atrevido pirata hubo de escaparse en direccion á Bona, y embarcándose en Argel, hizo rumbo hácia Constantinopla, entrando antes á saco el puerto de Mahon, hazaña que pudo realizar por la cobardía del gobernador de esta plaza.

La entrada de Carlos en Túnez no podía demorarse ya, máxime habiéndose presentado una comision que iba á ofrecerle las llaves de la plaza y á ponerse bajo su proteccion para impedir los desmanes de la soldadesca.

Poco pudo hacer en este sentido, puesto que ya las tropas, sedientas de venganza y de botín, habian penetrado en la ciudad, pasando á cuchillo á sus moradores y saqueando por completo las viviendas de los musulmanes.

Mas de treinta mil de estos perecieron á manos de los vencedores, haciéndose diez y ocho mil esclavos, que se vendieron á un precio muy insignificante, y quedando completamente destruida la biblioteca de los monarcas de Túnez, que era famosa por los raros y numerosos libros que poseia.

Veinte mil cautivos cristianos recuperaron la libertad, merced al generoso esfuerzo del Emperador, que permaneció durante algunos dias en Túnez, ocupándose del restablecimiento de Muley Hacem, y pactando con él las condiciones mas favorables para la tranquilidad y sosiego de los cristianos, quedando al fin aprobadas las siguientes:

1.^a Muley Hacem se obligaba á dar libertad á todos los cautivos cristianos que existiesen en su reino, y á no consentir que nunca ni por nadie fuesen maltratados.

2.^a Ni él ni sus sucesores cautivarían jamás, ni consentirían cautivar cristianos de ninguno de los dominios del Emperador, ni de los de su hermano Fernando.

3.^a El rey de Túnez permitiría en su reino iglesias cristianas sin que se estorbara la celebracion de los oficios y culto católico.

4.^a No consentiría vivir en sus tierras ningun moro de los nuevamente convertidos en Valencia y en Granada.

5.^a Cedia Muley Hacem al Emperador y reyes de España las ciudades de Bona, Biserta y otras fuerzas marítimas que Barbaroja tenia usurpadas en el reino de Túnez.

6.^a Dejaba á Carlos y sus sucesores la posesion de la Goleta con dos millas de terreno en circunferencia, con la sola condicion de que permitieran á los vecinos de Cartago sacar agua de los pozos de la torre llamada del Agua.

7.^a Libre trato y circulacion por todo el reino á los cristianos que guarneciesen la Goleta.

8.^a El rey de Túnez pagaria para el sostenimiento de la fortaleza doce mil ducados de oro anuales.

9.^a Todos los súbditos del Emperador podrían comerciar libremente en el reino, teniendo un juez imperial para sus causas.

10.^a Muley Hacem y sus sucesores pagarían al rey de España y los suyos todos los años perpétuamente el día 25 de julio, en reconocimiento de vasallaje, seis buenos caballos moriscos y doce halcones, bajo las penas que de no cumplirlo se establecieron.

11.^a Mútua y perpétua amistad entre el Emperador y sus sucesores y el rey de Túnez y los suyos, y libre negociacion y comercio entre sus vasallos.

12.^a El de Túnez no acogería, antes se obligaba á echar de sus reinos todos los corsarios y piratas que anduviesen por el mar y fuesen enemigos del César (1).

Despues de esto, dejando el Emperador en Bona á Alvar Gomez con una compañía de españoles, y por gobernador de la Goleta á D. Bernardino de Mendoza con mil veteranos, despidió las galeras auxiliares, y en 20 de agosto marchó á Italia.

(1) Dumont, *Corps Diplomat.*, tom. II.—Sandoval, *Hist. del Emperador*, lib. XXII.



J. SEBAST. LIT.

LIT. VIDAL OLMO 23.

CÁRLOS V RECIBE Á LOS EMBAJADORES DE FRANCIA.